# IDENTIDAD BAJO SOSPECHA

Arquitectura, física cuántica y el mito del Imbunche

Identidad es aquello que distingue, eso que permite reconocer algo y diferenciarlo del resto. En Chile se sospecha de la *identidad nacional*. Muchos consideran que no existe, otros afirman que es muy débil o que no corresponde preguntarse por ella. Algunos desconfían de quienes plantean la pregunta, sospechan intenciones políticas o chauvinismo. Más allá de las opiniones, existen hechos indesmentibles que revelan la cohesión cultural de un grupo de personas que habitan un territorio común y que se organizan políticamente entorno al Estado chileno. Aquello no es un asunto trivial. Prácticamente todos los conflictos bélicos de la Historia han estado motivados por naciones que reclaman ese privilegio.

A los chilenos se nos reconoce en la forma de hablar. El lenguaje que usamos, la entonación, la pronunciación y el sentido que le damos a las palabras nos delatan. La idiosincrasia nacional se muestra en el idioma que empleamos. Es precisamente allí donde esta se crea y recrea. Comprender este fenómeno resulta central para cualquier intento de evolución social. Acaso, ¿Es posible desarrollar un país ajeno a su propia identidad? ¿Tiene sentido que, desde el Estado, se promueva la educación si no es para cultivar la identidad común de la sociedad? Surgen además otras preguntas: ¿Es posible cambiar la identidad? ¿Qué rol juega la identidad en nuestra vida cotidiana? ¿Qué relación existe entre la identidad reconocible en el lenguaje verbal de los chilenos con la que se expresa en el lenguaje arquitectónico de nuestras ciudades? Estos cuestionamientos son frecuentes en la práctica académica de la arquitectura lo que, desde la Universidad de Chile, nos ha llevado a levantar serias sospechas respecto del fenómeno de la identidad nacional.

Habitamos un mundo espacio-temporal. Para que percibamos algo como real, debemos coincidir en el espacio y en el tiempo. Todo lo demás lo incorporamos a la realidad a partir de los relatos que escuchamos y las imágenes que vemos. Se trata de ficciones a las que les damos crédito en la medida que son consistentes con nuestros pre-juicios. Separamos así el mundo entre las ficciones que nos parecen reales y las demás que, por ser discrepantes con nuestras pre-concepciones cosmológicas, las consideramos ficticias. Los proyectos de arquitectura, al igual que las novelas, son ficciones ficticias que podrían ser reales. Su valor radica en la *posibilidad probabilística de realidad que representan*, una variable descubierta por los estudiosos del mundo subatómico.

La física cuántica investiga el interior de los átomos, un contexto infinitamente pequeño compuesto por elementos denominados cuantas que se desplazan a velocidades siderales. Frente al observador estos elementos vibran indistintamente en forma de onda o de partícula. La condición dual de la materia subatómica, revela un universo de posibilidades y propensiones donde algunos patrones de vibración son más probables que otros. El tiempo, que es una onda, se despliega en el espacio, conformado por partículas, creando la realidad espacio-tiempo que habitamos. En ella los objetos adquieren sus respectivas

identidades a partir del patrón de vibración onda-partícula de los ilimitados cuantas que los componen. Los seres y elementos que vibran bajo un patrón similar crean realidades compartidas. Esa condición vibratoria permite imaginar, por ejemplo, la existencia de mundos paralelos, algo que experimentamos a diario cuando sintonizamos la radio: Distintas emisoras crean simultáneamente diferentes realidades a través de su programación, cada una de las cuales puede ser captada por un receptor en la medida que sintonice el patrón vibratorio de la onda con el que está siendo emitido el programa. Cada vez que hacemos algo tan trivial, como sintonizar un aparato de radio, confirmamos la base teórica de la física cuántica.

Los seres vivos se constituyen en tales a través de un proceso de intercambio material con el medio que habitan. Su identidad les permite crearse a sí mismos a partir de una interacción *sensible* con el ambiente. La condición dual onda-partícula, de la física cuántica, que permite el despliegue de las partículas espaciales en el tiempo y vice versa tiene una equivalencia, en los seres vivos, en la dualidad entre el cuerpo biológico y su capacidad de sentir o emocionarse. Lo que hace posible que los seres vivos existan en el espacio-tiempo, es la simultaneidad cuerpo-emoción. La esencia humana requiere encarnarse para existir en la realidad espacio-tiempo. Somos ondas eternas que nos desplegamos temporalmente en las partículas de nuestro cuerpo para converger en un momento único, el presente, el regalo de la vida. Todo sufrimiento se origina cuando olvidamos ese regalo, aceptando que el pasado nos persiga y el futuro nos angustie. Sólo en el presente es posible la felicidad.

Las especies manifiestan sus respectivas identidades a través de los organismos que las constituyen y el modo en que estos se relacionan entre sí y con el medio. Por ejemplo: cardúmenes, bandadas o manadas, se reconocen por el patrón de acciones que hacen coordinadamente de forma inconsciente. Lo que guía y da estructura a la acción conjunta de estos grupos, es la convergencia espacio-temporal de sus respectivas emociones. Esa capacidad grupal es una manifestación de la identidad de la especie, una emoción histórica presente en el territorio que habitan. El patrón de comportamiento de las especies es anterior al nacimiento de cada uno de sus especímenes. Por medio de los ejemplares, la identidad del género se manifiesta en el espacio.

De igual modo sucede con los humanos. Las acciones de cada uno de nosotros, virtuosas o no, determinan la identidad de la especie humana. Además, nos distinguimos del resto de los seres vivos por el uso del lenguaje verbal. A diferencia del lenguaje corporal que sucede exclusivamente en el espacio-tiempo presente, los tiempos verbales permiten habitar, con la imaginación, el pasado y el futuro. A través de la *ingestión del fruto del árbol del conocimiento*, el ser humano adquirió, junto con el lenguaje, la noción del tiempo. De esa forma perdió la inocencia de creerse inmortal pero adquirió la capacidad de relatar mundos ficticios trascendentes. La cultura consiste en la creación de realidades artificiales (artísticas) mediante narraciones que trascienden en el tiempo.

Las ciudades son la mayor expresión de la cultura humana. Comunican, por medio de la organización espacial de la materia, la identidad de quienes las habitan. Nuestras urbes son relatos concretos acerca de las cosmovisiones las sociedades que albergan y de las relaciones de poder que de ello se desprende. Habitamos en el lenguaje. Allí creamos la realidad a través de las ficciones que inventamos para explicarnos el mundo. Los asentamientos humanos revelan la imaginación de sus habitantes.

Arquitectura e identidad constituyen una dualidad cuántica espacio-temporal. El fenómeno lo componen todas las emociones que a lo largo de la historia se han experimentado en un lugar y las transformaciones físicas que, producto de esas experiencias, ha sufrido el espacio habitado. Identidad, territorio e historia forman un fenómeno único que es relatado por la arquitectura. Las ciudades son conversaciones espaciales entre vivos, muertos y por nacer, acerca del sentido de habitar el mundo. La construcción de monumentos y la protección del patrimonio, corresponden al *cultivo* de la identidad, al *dominio* y la *domesticación* de las *pasiones* que mueven a la humanidad. A través de la arquitectura, los seres humanos buscan la inmortalidad y su redención.

El desarrollo de proyectos académicos en el Taller universitario de diseño arquitectónico, brindan la oportunidad de entender el fenómeno de la identidad nacional a través de la lectura de *lo que relatan* las ciudades chilenas. Las *ficciones arquitectónicas* que proponen los alumnos permiten abrir diálogos con quienes habitaron el territorio en el pasado y asumir compromisos con quienes lo harán en el porvenir. Producto de esos desarrollos académicos surgieron indicios que nos llevan a sospechar de tres orígenes que explicarían el fenómeno del "*imbunchismo"* en Chile.

La primera sospecha fue resultado de la experiencia del terremoto del Bicentenario en 2010. Un ejercicio académico denominado "arquitectura para dos minutos", se concentró en estudiar lo que sucedió mientras se sacudía la tierra y los momentos que le siguieron. Las ondas telúricas provocaron un estado colectivo de conciencia alterada que nos quitó el habla y e hizo que algunos perdieran y otros recuperaran el juicio. En forma refleja buscamos seguridad; pasado el momento del peligro, la gente volvió a conversar, pero esta vez bajo una percepción diferente de la realidad. El terremoto botó barreras sociales y permitió que emergieran nuevas emociones que se tomaron la agenda pública. Surgió la necesidad de sociabilizar, de hablar de lo sucedido y de solidarizar con las víctimas. El movimiento telúrico provocó una revelación colectiva que nos reconectó con la esencia humana. Durante aproximadamente dos minutos experimentamos la unidad vibratoria que formamos con el universo, pudiendo internalizar el origen de la cosmovisión mapuche: La noción mística de pertenecer a la tierra. El terremoto lo asociamos al imbunche porque nos hizo enmudecer, mutiló nuestras construcciones y permitió que emergiera la esencia de nuestra identidad. A través de los terremotos, la tierra conversa con la obra humana expresada en la arquitectura.

La segunda sospecha surgió dos años después, cuando nos volcamos a estudiar La Alameda, el lugar por donde los propios alumnos del Taller habían marchado el año anterior demandando mejoras en la Educación. Les preguntamos ¿por qué debían hacerlo ahí? De sus respuestas dedujimos que la discusión de fondo no era el sistema educativo sino que el proyecto de país que, a través de este sistema, se impone en Chile. La Alameda de las Delicias, iniciativa que O´Higgins denominó "Campo de la Libertad Civil", tiene por vocación representar la voluntad política de la nación. Ese espacio público se comporta como una *fuente matriz* de la identidad nacional. Es allí donde la cohesión y la coherencia del proyecto país se expresan con mayor dramatismo. Esta característica se explicaría por su origen geográfico - antiguo brazo del río Mapocho - y su tradición histórica - principal lugar de encuentro ciudadano. El escritor Carlos Franz, quien ve en la imagen del imbunche la esencia de nuestra identidad, sostiene que La Alameda representa uno de los arquetipos de ser nacional: El mito de la Ciudad de los Césares, la utopía de una sociedad donde cada uno tiene lo suficiente y convive con los demás en armonía y felicidad. Durante muchos años, La Alameda de las Delicias fue un espacio de convergencia social donde todos, sin importar su procedencia, compartían la belleza natural y arquitectónica del emplazamiento. ¿Qué fue entonces lo que sucedió? Sospechamos que detrás de esas transformaciones urbanas está el mito del imbunche. Este habla de brujos que raptan individuos con el fin de transformarlos en figuras repugnantes que tienen por misión ahuyentar a los forasteros de un *paraíso escondido* en los bosques del Sur. Actualmente, La Alameda es el hogar del imbunche, un espacio público que asusta y ahuyenta a quien intente acercarse allí. Los brujos son seres que hablan como si supieran. Son personas que *encantan* mediante discursos grandilocuentes con los cuales logran engañar al resto para apropiarse de la voluntad común. Sospechamos que existen brujos contemporáneos que raptan la realidad y la deforman con el objetivo de esconder algo valioso.

La tercera sospecha apareció este año. Les propusimos a los estudiantes investigar la identidad pre-hispánica del Santiago contemporáneo. El año pasado, un grupo de historiadores y arqueólogos dieron a conocer algunas conclusiones de las investigaciones que han hecho sobre el casco antiguo de la ciudad. Ellos afirman que cuando llegaron los conquistadores españoles al valle del Mapocho, a fines de 1540, encontraron una comunidad próspera y organizada que disponía de una red de caminos, puentes y canales de regadío. Eso habría permitido una explotación agrícola intensiva de la cuenca. Santiago estaría levantada sobre un importante centro administrativo inca, conocido también como el "Cuzco del Mapocho". El objetivo para ocultar esta historia durante siglos sería el debilitamiento cultural de los pueblos que los europeos querían someter. La conquista habría impuesto la lógica de la *negación de la identidad*, el imbunchismo, con el objetivo de facilitar el dominio externo.

La cosmovisión mecánica del mundo, aquella ficción que, entre otros, construyeron Aristóteles, Newton y Descartes, establece como principio universalmente válido la causa y el efecto. Sin embargo este principio no es aplicable a los fenómenos cuánticos. Por lo tanto sería una contradicción

pretender sacar conclusiones definitivas del fenómeno de la identidad. Sospechamos que el imbunche no es una fatalidad, tampoco un castigo. Lo que nos caracteriza a los chilenos es una propensión al imbunchismo que tiene su origen en miedos ancestrales y ritos impuestos desde el poder formal. Si queremos liberarnos del imbunche debemos, antes que nada, reconocerlo y aceptarlo. Para ello resulta fundamental leer lo que la ciudad nos comunica, ya que es precisamente ahí donde los valores y las creencias de sus habitantes se expresan y modelan de forma concreta.

Probablemente el mayor mito contemporáneo sea la desaparición de los mitos y con ello la de los brujos que los protagonizan. La ciencia construye ficciones para explicar el mundo. Los principales desastres de la historia contemporánea fueron inducidos por el dogmatismo del pensamiento científico moderno basado en el mito de la *objetividad* de sus mentores y en la fatalidad lineal del principio causa-efecto. El poder de los brujos actuales se sostiene en una actitud ilustrada, en la aceptación a priori de una asimetría jerárquica entre quienes conocen y quienes no. El experto afirma conocer una realidad objetiva, constituida por elementos sólidos y contundentes. Desconocen la física cuántica del lenguaje, aquella onda que les permite acceder a la realidad que describen.

El dogmatismo científico reemplazó a la sabiduría tradicional. Con ello se desacralizó el territorio y se olvidó la pregunta por el sentido trascendente de la existencia humana. La identidad son las ficciones que inventamos para darle consistencia a nuestra limitada temporalidad. El imbunchismo se manifiesta actualmente en Chile a través de la ausencia de un relato común inspirador capaz de convocar a la acción conjunta de construir un país.

Andrés Weil Parodi
Arquitecto (1985)
Profesor de diseño arquitectónico
Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad de Chile
Santiago, 10 de septiembre de 2014